

Rahel Varnhagen **vida de una mujer judía**

HANNAH ARENDT

Editorial Lumen





*para Anne
desde 1921*

TÍTULO ORIGINAL: *Rahel Varnhagen. The Life of a Jewish Woman*

TRADUCCIÓN: Daniel Najmías

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA: Emma Romeo

Publicado por Editorial Lumen, S.A.,
Ramon Miquel i Planas, 10.
Reservados los derechos de edición
en lengua castellana para todo el mundo.

PRIMERA EDICIÓN: Abril 2000

© Hannah Arendt, 1957
Published by arrangement with Harcourt Brace & Company

Impreso en Romanyà Valls, S. A.,
Capellades (Barcelona).

Depósito legal: B. 13.580-2000
ISBN: 84-264-4958-1

Printed in Spain

*We tell you, tapping on our browns,
The story as it should be,-
As if the story of a house
Were told or ever could be;
We'll have no kindly veil between
Her visions and those we have seen,-
As if we guessed what hers have been,
Or what they are or would be.*

*Meanwhile we do no harm; for they
That with a god have striven,
Not hearing much of what we say,
Take what the god has given;
Though like waves breaking it may be,
Or like a changed familiar tree,
Or like a stairway to the sea
Where down the blind are driven.*

EDWARD ARLINGTON ROBINSON



PRÓLOGO

El manuscrito de este libro –salvo los dos últimos capítulos– estaba terminado cuando abandoné Alemania en 1933, e incluso los dos últimos los escribí hace más de veinte años. Mi primera intención fue añadir al libro un conjunto de notas y un exhaustivo apéndice que debía incluir una parte de la correspondencia y de los diarios inéditos que se encontraban en el Archivo Varnhagen de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Prusia. El Archivo Varnhagen, que además del legado de Rahel contenía abundantes e importantes materiales del círculo romántico,* se conservó durante la guerra, junto con otros valiosos manuscritos, en una de las provincias alemanas orientales y

* En este archivo se conservaba una parte del legado de Clemens Brentano, que su hermana, Bettina von Arnim, había entregado, para su preservación, a Varnhagen; los originales de la correspondencia de Friedrich Gentz, publicados parcialmente por G. Schlesier (*Briefe und vertraute Blätter von Friedrich von Gentz*, 1838) y por Wittichen (*Briefe von und an Gentz*, 1909), y también cartas de Hegel y de Wilhelm y Caroline von Humboldt, de Henriette Herz, los Mendelssohn-Bartholdy, Adam Müller, Leopold von Ranke, el príncipe Luis Fernando, Friedrich y Dorothea Schlegel, y Ludwig Tieck –por citar sólo los nombres más conocidos. Véase Ludwig Stern, *Die Varnhagen von Ensenche Sammlung in der Königlichen Bibliothek zu Berlin*, 1911.

no regresó nunca a Berlín; su paradero, que yo sepa, se desconoce. Por lo tanto, me es imposible hoy llevar a cabo mi plan inicial, y he tenido que conformarme con reproducir, a partir de viejas notas mías, de fotocopias y copias, aun sin proceder a una nueva comparación con los originales, lo que me pareció suficientemente fiable. Hay que lamentar, sobre todo, que por esta razón quede otra vez inédito el texto completo de las cartas de Gentz a Rahel, que en los textos publicados hasta la fecha han visto sacrificados a la moral Biedermeier pasajes muy interesantes y muy característicos de la falta de prejuicios imperante en aquella época; mis copias contienen sólo el material adicional necesario para la redacción de esta monografía, cuya mayor pérdida ha sido la copiosa correspondencia entre Rahel y Pauline Wiesel, la amante del príncipe Luis Fernando, compuesta por ciento setenta y seis cartas de Pauline a Rahel y cien cartas de ésta a Pauline. Este epistolario constituía la fuente principal para estudiar la vida de Rahel después de su casamiento con Varnhagen, y en él básicamente se apoyan mis correcciones, por momentos verdaderamente radicales, a la imagen convencional de Rahel que ofrece la literatura consagrada a su persona y a su época. Poco se ha utilizado hasta la fecha dicho epistolario, porque Varnhagen, que había copiado en una letra legible la mayoría de las cartas de Rahel (y estas copias eran parte del Archivo Varnhagen), dejándolas de esa manera listas para la imprenta, sólo copió diecisiete de las cartas a Pauline; los estudiosos que más tarde se ocuparon del legado no tuvieron en cuenta este material, muy probablemente porque la letra de las dos mujeres era difícil de descifrar, y la ortografía de ambas, caprichosa. Carl Atzenbeck publicó una selección de estas cartas en el epistolario de *Pauline Wiesel*.

Aparte de las publicaciones ya conocidas de la correspondencia de Rahel, citadas en la bibliografía, mi estudio se basa en abundante material inédito que contiene también numerosas correcciones y adiciones a las cartas y las entradas de los diarios que Varnhagen publicó en los tres volúmenes del *Buch des Andenkens* (1834).^{*} Es de sobras conocida la desconcertante arbitrariedad de Varnhagen a la hora de publicar o preparar los papeles póstumos de Rahel, arbitrariedad que en algunos casos, poco frecuentes, se manifiesta en interpolaciones y en la destrucción o mutilación de las cartas,^{**} en correcciones continuas, eliminación de pasajes esenciales y en los nombres de persona cifrados con la deliberada intención de confundir al lector.^{***} Sin embargo, nada de esto ha impedido que la concepción que Varnhagen tenía de Rahel, su retrato estereotipado y embellecido, así como las in-

* Tras corregirlo y cotejarlo con los originales, he entregado mi ejemplar personal, junto con todas las demás copias y notas en mi poder, al Archivo del Instituto Leo Baeck.

** La más famosa de estas interpolaciones, en una carta de Rahel a Varnhagen, consta de varias frases que pretenden hacer creer en la existencia de una relación más íntima con Beethoven. La intención es obvia: se trataba de añadir otro «hombre famoso» al círculo de amistades de Rahel. (En este ámbito, el último «descubrimiento», según el cual Rahel habría sido la «amada distante» de Beethoven, apenas merece ser mencionado: el autor no se propone fundamentarlo con documento alguno, y ni en los epistolarios publicados ni en todo el material aún inédito se encuentra una sola línea que permita arriesgar tal hipótesis. En tiempos de Rahel no era corriente mantener en secreto tales relaciones, y suponer, precisamente en ella, un secreto así, demuestra un absoluto desconocimiento de su persona.) En cuanto a la mutilación de las cartas y sus motivos, véanse los episodios con Clemens Brentano.

*** Véase la introducción de Heinrich Meisner a la correspondencia, por él recopilada, con Alexander von der Marwitz, 1925, y el epílogo de Augusta Weldler-Steinberg en *Rahel Varnhagen. Ein Frauenleben in Briefen*, 1917.

tencionadas falsificaciones de la vida de su esposa, se hayan impuesto casi sin discusión. En lo tocante a estas últimas, nos interesa sobre todo saber que las supresiones y los engañosos nombres de persona «en clave» debían servir, en casi todos los casos, para que las relaciones y los amigos de Rahel parecieran menos judíos y más aristocráticos, y también para presentar a Rahel bajo una luz más convencional y acorde al gusto de la época. Por ejemplo, es significativo que Henriette Herz aparezca siempre como «señora von B.» o «von Bl.», incluso en los pasajes en que Rahel ya no expresa sobre ella opiniones desfavorables, y que a Rebecca Friedländer, que firmaba sus novelas con el seudónimo Regina Froberg, siempre se la designe «señora von Fr.». Por lo que respecta a las manipulaciones, es interesante señalar que las pocas cartas y extractos de cartas a Pauline Wiesel aparecen retocados o como dirigidos a una tal «señora von V.», con lo que queda eliminado de estos documentos el lugar que ocupó esa amistad en la vida de Rahel.

Para el autor, hablar de su libro siempre tiene algo de incómodo, aun cuando, como en este caso, lo haya concebido hace ya más de media vida. Sin embargo, y puesto que mi estudio está concebido y escrito desde un punto de vista desacostumbrado en el género biográfico, creo que puedo permitirme aquí algunas aclaraciones. Nunca fue mi intención escribir un libro *sobre* Rahel: ni sobre su personalidad, que es posible interpretar y comprender de una manera u otra, con un enfoque psicológico y en categorías que el autor aporta desde fuera, ni sobre su posición en el Romanticismo y el efecto del culto a Goethe en Berlín, del cual ella fue la auténtica creadora; tampoco quise escribir sobre la importancia de su salón en la historia social de la época, ni sobre sus ideas y su «concepción del mundo», en la medida en que fuera posible cons-

truir una a partir de sus cartas. Lo único que me interesaba era contar la vida de Rahel como ella misma habría podido contarla; contar por qué, a diferencia de lo que los demás decían de ella, Rahel se tenía por un ser fuera de lo común; la razón por la cual, en casi todas las épocas de su vida, expresó todo lo que entendía por «destino» en frases e imágenes siempre iguales. Lo que Rahel quería era exponerse a la vida de modo tal que ésta la sorprendiera «como una tormenta, y sin paraguas» («¿Qué está haciendo? Nada. Dejo que la vida llueva sobre mí.»),* sin utilizar, para protegerse, cualidades y opiniones: sobre las personas que conocía, sobre las circunstancias y el estado de las cosas, sobre la vida misma. De ahí que Rahel no pueda ni escoger ni actuar, pues elección y acción anticiparían la vida y falsificarían el flujo inalterado de los acontecimientos. Lo único que le queda es convertirse en «portavoz» de los acontecimientos, transformar lo acontecido en dicho, y este objetivo se consigue contando, en la reflexión, la propia historia, contándose, una y otra vez, antes y después, a uno mismo y a los demás; así se convierte en destino: «Tiene un destino todo aquel que sabe qué destino tiene.» Las únicas cualidades que para ello debemos poseer o movilizar en nuestro interior son la vigilancia constante y la capacidad de sufrimiento, para así mantenernos sensibles y conscientes.

Rahel definió con gran claridad el elemento romántico implícito en esta empresa cuando una vez, comparándose con los «grandes artistas», dijo: «A mí, en cambio, se me asignó la vida.» Vivir la vida como si fuera una obra de arte, creer que con la propia vida, y «cultivándose», se puede hacer una obra de arte, fue el gran error que Rahel compartió con sus contemporáneos, o quizá sólo el malenten-

* Nota inédita del Diario (11 de marzo de 1810).

dido respecto de sí misma, inevitable si quería comprender y expresar, en las categorías de su época, su sentimiento de la vida: la resolución de tomar la vida, y la historia que ésta dicta a los mortales, más en serio y como algo más importante que la propia persona.

Por lo tanto, mi retrato de Rahel –por más que, como es natural, se sirva de otro lenguaje y no consista sólo en variaciones sobre las citas– sigue con la mayor exactitud posible sus propias reflexiones, y tampoco se sale de ese marco cuando, en apariencia, surge algo parecido a una crítica a su persona. En todo caso, la crítica se corresponde con su autocrítica, y, puesto que, sin el peso de los modernos sentimientos de inferioridad, Rahel pudo decir de sí misma, y con razón, que no buscaba en vano la aprobación «que yo misma me niego», tampoco tuvo necesidad «de hacerse visitas lisonjeras». Es evidente que en este contexto sólo puedo hablar de la que fue mi intención; pero, dondequiera que haya fracasado, dará la impresión de que se juzgara a Rahel desde alguna instancia superior; en ese caso, no habré logrado lo que realmente quería.

La misma observación se aplica a las personas tratadas en este libro y a la literatura de la época, comentada siempre desde el punto de vista de Rahel; difícilmente se mencionará en estas páginas a un autor al que ella, con seguridad o al menos probablemente, no haya conocido y cuyos escritos no hayan tenido importancia para su propia reflexión. Más difícil es aplicar lo antes dicho a la cuestión judía, que para el destino de Rahel, y según su propia opinión, tuvo un peso decisivo, pues en este punto su conducta y su reacción acabaron determinando la conducta y la mentalidad de una parte de los judíos alemanes cultos, y, por ese motivo, adquieren un significado histórico limitado, que este libro evita justamente abordar.

Los judíos de lengua alemana y su historia son un fenómeno único que tampoco tiene parangón en la historia de la asimilación judía en otros países. Investigar las circunstancias y condiciones de este fenómeno –que, entre otras cosas, se manifestó en una apabullante abundancia de talentos y de productividad científica e intelectual– constituye una tarea histórica de primera categoría, que sin embargo, y por razones obvias, sólo puede acometerse hoy, cuando la historia de los judíos alemanes ha terminado. La presente biografía se escribió, es cierto, con conciencia de la destrucción de la comunidad judía de Alemania (aunque, naturalmente, sin la menor sospecha de la dimensión que iba a adquirir la aniquilación física del pueblo judío en Europa), pero entonces, poco antes de la subida de Hitler al poder, me faltó la distancia en la que el fenómeno se hace visible en su totalidad. Si este libro se considera una contribución a la historia de los judíos alemanes, no puede pasarse por alto que en él sólo se trata un aspecto de la problemática de la asimilación, a saber: el modo en que asimilarse a la vida social e intelectual del mundo circundante repercutió de manera concreta en una vida y pudo convertirse así en un destino personal. Por otra parte, no hay que olvidar que la materia aquí tratada es, desde todos los puntos de vista, histórica, y que hoy es cosa del pasado no sólo la historia de los judíos alemanes, sino también su problemática específica.

Es inherente a la naturaleza del método escogido que determinadas observaciones de carácter psicológico que parecen imponerse se hagan sólo de pasada, y que en ningún caso se comenten. El lector moderno no podrá evitar constatar de inmediato que Rahel no era ni bonita ni atractiva, que todos los hombres con los que tuvo una relación amorosa eran bastante más jóvenes que ella, y que su extraor-

dinaria inteligencia y apasionada espontaneidad no disponían de las dotes que le habrían permitido transformar y objetivar la experiencia; y, por último, que fue una personalidad típicamente «romántica» y que el problema de la mujer –la distancia entre lo que los hombres esperaban de la mujer «en general» y lo que ella podía dar o, por su parte, esperaba– se enmarcaba en la situación de su época y era virtualmente insalvable. Mi estudio, que al respecto menciona sólo lo imprescindible, lo que forma parte del contexto de los hechos biográficos, no podía tomar en cuenta todos esos aspectos, pues de lo que se trataba era precisamente de no querer saber más de lo que Rahel misma supo, y no atribuirle, por medio de observaciones supuestamente superiores, otro destino que el que tuvo y vivió de manera consciente. He evitado, y con plena conciencia, recurrir a esa moderna indiscreción que intenta desenmascarar los secretos ajenos y aspira a saber más o cree descubrir más cosas que las que el otro supo o estuvo dispuesto a revelar, y he renunciado también al aparato –seudocientífico a mi entender, y propio de esa clase de curiosidad– de la psicología profunda, el psicoanálisis, la grafología, etc.

Si me decidí a sacar este manuscrito del cajón al que fue a parar tras una odisea de muchos años, y en el que ha dormido tranquilamente hasta hoy, fue sólo gracias al estímulo y la generosa ayuda del Instituto Leo Baeck (Jerusalén-Londres-Nueva York), que publicó en Londres una versión inglesa de la biografía con un apéndice de cartas y pasajes de los diarios de Rahel inéditos hasta la fecha; tras aparecer el libro en traducción inglesa, no quise dejar de publicarlo en su versión original, y como espero que en la Alemania de hoy exista un interés más que exclusivamente científico y académico por la historia y la fisonomía del judaísmo alemán,

he añadido a la edición alemana una selección de cartas de Rahel y renunciado al apéndice.

Como es lógico, es casi imposible editar un manuscrito redactado hace veinticinco años, y que entonces no dejé listo para la imprenta, con el necesario aparato de notas y referencias a las fuentes que exige la filología. Y, aunque fuera posible, esa labor me llevaría ahora mucho más tiempo y muchos más esfuerzos de los que objetivamente podrían justificarse. No obstante, en la medida de lo posible, esa responsabilidad la ha asumido la Dra. Lotte Köhler, que ha controlado casi todas las citas de mi original, ha confeccionado como ha podido la bibliografía a partir de mis viejas notas, y ha añadido la tabla cronológica. Para esta tarea nos ha faltado aquí, en los Estados Unidos, la bibliografía relativa a Rahel, formada en gran parte por artículos de revistas y ensayos incluidos en obras colectivas. Por último, y con mi colaboración, la Dra. Köhler se ha encargado también de preparar la selección de cartas de Rahel incluida en la segunda parte del libro, y ha corregido, basándose en las notas tomadas por mí en el Archivo Varnhagen, todas las cartas, que sólo poseíamos en la versión de Varnhagen, es decir, tal como éste las publicó en el *Buch des Andenkens* de 1834. No necesito decir cuánto se lo agradezco. Sin su ayuda no habría podido siquiera pensar en publicar este manuscrito.

Nueva York, otoño de 1958

August Varnhagen	1.2.1812	Varnhagen
A. von der Marwitz	9.4.1812	Marwitz
August von Varnhagen	14.2.1814	Varnhagen
Pauline Wiesel	Sept. 1815	Atzenbeck
August Varnhagen	11.10.1815	Varnhagen
Conde A. von Custine	17.12.1816	BdA
August von Varnhagen	14.11.1817	Varnhagen
Rose, su hermana	22.1.1819	BdA
Diario	3.11.1819	BdA
Condesa Schlabrendorf	22.7.1820	BdA
Adam von Müller	15.12.1820	BdA
Diario	22.1.1822	BdA
Oelsner	28.11.1822	BdA
Diario	4.12.1822	BdA
Diario	Mayo 1823	EdI
K.A. von Brinckmann	24.4.1824	BdA
Diario	27.1.1825	BdA
Diario	1825	EdI
Pauline Wiesel	8.6.1826	Atzenbeck
August von Varnhagen	11.3.1829	Varnhagen
August von Varnhagen	15.3.1829	Varnhagen
August von Varnhagen	24.3.1829	Varnhagen
Heinrich Heine	21.9.1830	BdA
Friedrich von Gentz	3.10.1830	BdA
Friedrich von Gentz	7.2.1831	BdA
Pauline Wiesel	29.7.1831	BdA
Friedrich von Gentz	23.11.1831	BdA
Diario	Marzo 1832	EdI
Leopold Ranke	15.6.1832	BdA



ÍNDICE

Prólogo	11
Judía y <i>schlemihl</i> (1771-1795)	21
Entrando en el mundo (1795-1799)	49
Todo ha terminado. ¿Cómo seguir viviendo? (1799-1800)	79
La huida al extranjero. El bello mundo (1800-1801)	97
Magia, belleza, insensatez (1802-1804)	113
Resultados. La gran suerte (1805-1807)	141
La asimilación (1807-1808)	165
El día y la noche	179
Un mendigo al borde del camino (1808-1809)	193
Bancarrota de una amistad (1809-1811)	209
Mejoras civiles. Historia de una carrera (1811-1814)	231
Entre paria y <i>parvenu</i> (1815-1819)	259
No se escapa del judaísmo (1820-1833)	281
De las cartas y diarios de Rahel	297
Apéndice	405
Cronología	405
Índice de cartas y entradas de los diarios	409

fisonomía específica, su sentido. Una vez entramos en este cosmos, nada, ningún acto, ningún pensamiento, puede perderse: *todo* tiene un efecto inmediato. A ese cosmos Humboldt lo llama «humanidad», en la que «el Bien es autónomo y no está ligado a una personalidad, y, como un bello sentimiento, enriquece a la humanidad, aunque no llegue nunca a pasar al mundo o a la acción». Para Humboldt, que se liberó de sí mismo en el experimento y quedó así libre para la vida, no hay nada más grande que la vida misma. La vida no precisa realizar nada, ni siquiera la cultura o la personalidad. Y, puesto que la vida continúa, él puede morar en la «humanidad»: «Cuando me llegue la hora de irme, querría dejar atrás las menos cosas posibles que no haya puesto en contacto conmigo.» La vida es el camino que permite «medir a toda la humanidad única y exclusivamente por sí misma»; cada tramo de ese camino tiene un sentido para el todo, cada acción un efecto, «y aunque nunca nadie estuviera presente, dejaría su impronta en la naturaleza inerte». Humboldt se entregó a la vida, y la vida le salió bien: eso es lo que lo distingue; pues por su «disposición natural» no estaba «destinado a grandes hazañas de la vida ni a obras importantes del espíritu». Él era «nada», «un címbalo que resuena», pero supo tomar todo lo que le fue dado —su «auténtica esfera es la vida misma»—, y tuvo suerte.



LA HUIDA AL EXTRANJERO: EL BELLO MUNDO 1800-1801

Si la felicidad es realmente la garantía de la continuación de la vida, la infelicidad, entonces, en cuanto experiencia capital de la vida, es una verdadera «vergüenza». «Todo ha terminado en el mundo para mí, lo sé, y no consigo sentirlo, tengo un corazón rojo, como los demás, y un destino oscuro, inconsolable, feo.» Rahel se avergüenza de lo inconsolable, de lo feo. Sería absurdo pensar que no fue culpa de uno. Frente a la infelicidad, el ser humano no puede alzar la voz; pues, ¿a quién podemos repetirle constantemente: «yo no tengo la culpa»? Todo el mundo nos creará, nadie quiere la propia infelicidad. La «verdadera infelicidad», la que «puede reconocerse en el hecho de que uno se avergüenza», es tan poderosa que acalla todas las excusas. Una vez nos hemos sometido al azar y renunciado a nuestra autonomía, una vez decidido que «no queremos ser de los que no apuestan su propio yo», hemos de dar por sentado que seremos infelices igual que podríamos haber sido felices, que seremos desgraciados como podríamos haber sido bendecidos por la dicha.

La infelicidad y la vergüenza nos hacen ver todo lo que tenemos como si existiera sólo para poner de manifiesto lo que *no* tenemos; las sentimos cuando, «pese a todas las cualidades y los inmen-

sos dones», nos falta siempre «el brillo, la culminación de las cosas». Infelicidad y vergüenza significan que, si bien no hemos sido olvidados, sí han dejado de tenernos en cuenta, como si no fuéramos dignos de vivir hasta el final una vida que nosotros no nos hemos dado, como si ni siquiera fuéramos dignos de conservar lo adquirido.

Todo lo que hacemos después de la llegada de la infelicidad tiene siempre un tinte de bajeza, la infelicidad parece prohibir que la vida siga su curso. Sólo el que muere de infelicidad conserva su nobleza; sólo entonces no es una vergüenza. «He vivido algo *terrible*, porque, precisamente, no me ha matado.» El que una vez conoció la infelicidad, conserva la marca, y esa marca es algo más que una manera de distinguirse. Los olvidados por el destino aún tienen esperanzas, pero Rahel tuvo que huir «por nada». Sin ninguna esperanza.

Huye de Berlín, al extranjero, porque ya no soporta la vergüenza. Porque está condenada a seguir viviendo, a alegrarse cada día con la natural «inocencia de toda criatura». Ya no queda inocencia cuando «se conoce la auténtica infelicidad», «cuando, paralizados por el sufrimiento, por la humillación, hundidos en la *desesperación*, habríamos dado con gusto la vida para no sufrir: cuando todo, la naturaleza *entera*, se ha percibido como algo cruel». Antes, la felicidad era algo natural, ahora se ha vuelto ilegítima, una alegría con la que es imposible estar de acuerdo, a la que uno simplemente se abandona. Lo «natural» se ha vuelto «artificial». La propia existencia —ya habíamos renunciado a ella, por desesperación— regresa de pronto a nosotros con cada nuevo día, como algo impuesto por la naturaleza, la cruel naturaleza. La infelicidad trae la infamia. «Ya no somos pura criatura natural, ni hermanas de objetos apacibles.»

«Sé muy bien que el asunto continúa.» Pero,

¿qué asunto? Lo que le ha ocurrido, ya pasó; ¿cómo puede continuar el pasado? Rahel se va a París, pues «todos los que aquí quería me han maltratado». ¿Quién la ha maltratado? ¿Acaso no la han apreciado todos, admirado, colmado de reconocimiento, de elogios? ¿No ha conseguido acaso más que los otros, aun sin ser rica ni hermosa, sin tener una posición en el mundo y sin estar siquiera casada? ¿No consiguió, gracias al encanto y la fascinación de su persona, cautivar a todos los más o menos famosos en la sociedad de su época?

Sin embargo, es evidente que Rahel no quería someterlos a su magia; lo que ella esperaba era que alguien le preguntara cómo le iban las cosas. Su poder de fascinación era producto de su situación; al fin y al cabo, ¿cómo podían saber los demás que tenían que atravesar la coraza de su fascinación para llegar a ella, es decir, a lo que le había ocurrido? Todos disfrutaron del «espectáculo» que Rahel ofreció a todo el mundo; nadie quiso admitir la verdad que ella, sin transición alguna, siempre estuvo dispuesta a proclamar a gritos.

Rahel quiso luchar para decir la verdad, hizo de sí misma algo impenetrable. En el fondo, no quiso hacer nada; se volvió cada vez más «estricta». Ante lo impenetrable, los demás acabaron retirándose, igual que una vez sucumbieron a la fascinante Rahel. «*Todo* me rehúye. Sólo yo no *quiero* huir.» Lo cierto es que esperó que su severidad, su misterio, su dureza, la hicieran visible, que su resistencia la hiciera perceptible. Pero, ay..., todo eso sólo sirvió para hacerla molesta, torpe y pesada, como Wilhelm von Humboldt decía sin tapujos; le costó la «gracia interior». El mundo está lleno de opiniones, y la verdad no se hace visible sólo porque alguien la proclame en este mundo de la diversidad de opiniones. ¿Quién es capaz de distinguir entre opinión y verdad? «Yo y la verdad... las dos invisi-

bles, las dos apagadas.» En el mundo de las opiniones la verdad sólo es una opinión entre otras.

Por eso el mundo la ha maltratado. La gente ha hecho el vacío a la rechazada por el destino, a ella y a su verdad. «La gente no lo sabe: yo no lo diré; por eso me voy. No vayas a creer que espero que allí me reciban bien. ¡Dios nos guarde! La comedia vuelve a empezar.» La absurda regularidad que, después de toda la desesperación, está ahora en el orden del día, esa infame alegría de vivir propia de la juventud, reclama «nuevas flechas». La rigidez habría podido fijar definitivamente su vida; el desprecio por parte de los amigos, el rechazo que se repite una y otra vez, aunque a menudo sólo en pequeños detalles, ha derribado su muro infranqueable. Y hasta la verdad, que la vida otorga en forma de comprensión, se ve apagada, sin brillo, no protege ya de los hombres. ¿De qué sirve el silencio impenetrable, ser estrictos, estar más allá de todo, si «tenemos que trabajar para un mundo que no conocemos y que reclama imperiosamente para sí todo, todo lo que amamos?»

La infelicidad le ha enseñado de un solo golpe lo que es la vida. Una experiencia así de universal ofrece, cuando Rahel no impide ya que la vida siga su curso, ciertas perspectivas de futuro. Todo volverá a repetirse, pues nadie lo ha comprendido. Así, lentamente, lo vivido, cuanto más se hunde en el pasado, más irreal se vuelve; día a día se hace menos verdadero, menos concreto. Por eso Rahel «es fiel y debe ser infiel; y es infiel y está obligada a ser fiel». Debe seguir su camino porque al mundo no le basta con lo ocurrido una vez: en ella todavía no es bastante visible. Rahel «tiene que volver a amar». «Sólo que yo no podía seguir en esta tropa.» Será atraída una vez más por otro lugar del mundo; infiel sólo en apariencia, y en realidad obedeciendo a la lógica, al «asunto»; fiel, sí, pero

sólo en apariencia, y en realidad, pese a todos los recuerdos, entregada a cosas nuevas, abierta a cualquier nuevo azar. «Hay quien nace guerrero y quien nace jardinero; ¡yo debo lanzarme a la batalla! Y, como un *soldado raso*, hacer frente, inmóvil, a las balas de los cañones. No sé a quién obedezco; pero no me dan órdenes, me empujan.» Un soldado raso, un ser anónimo, sin posición ni prestigio, y en el que lo que ocurre se refleja con más claridad porque no tiene nada que oponerle. «Me empujan»: sin tener en cuenta mis deseos ni mi voluntad; «no me dan órdenes», porque la orden implica un nombre, presupone que quien la recibe, el subordinado, tiene la posibilidad de rebelarse. Sólo se empuja a aquel que no es nada ni nadie, sólo un producto de las circunstancias, un juguete del destino.

Así, «empujada», Rahel sale para París en julio de 1800. Deja en su ciudad un montón de gente a la que ha aprendido a querer; en París sólo conoce a su amiga Caroline von Humboldt. Espera cosas nuevas, ha comprendido que en la vida ni siquiera la infelicidad tiene la última palabra. Ahora, cada nueva desdicha «sólo será mi sirvienta». Rahel se recupera.

De pronto, un buen día, los últimos años reviven en toda su amargura cuando Rose, su hermana, se casa, y ha de desearle toda la felicidad que ella no tiene; cuando percibe, en la distancia, el desprecio que la familia —y no solamente en familia— siente por ella y su infelicidad, una infelicidad que se considera pura extravagancia o estúpida mala suerte de una muchacha sin encantos. Las cartas a la hermana son más amargas y vulgares que todo lo escrito por Rahel. Por un momento se diría que se ve a sí misma como su familia parece obligada a verla, en la total vulgaridad de las «cosas comunes y corrientes, pero que hay que tener». Rahel ha

perdido un trozo de su inocencia al aprender, y en su propia carne, que las «cosas comunes y corrientes» pueden hacer sentir su influencia incluso en la historia del amor. «La inocencia» sólo dura «mientras se desconoce la verdadera infelicidad»; justamente, una de las consecuencias de la infelicidad es hundirnos en esas vulgaridades a las que la felicidad se cree superior. «Hay almas privilegiadas, espíritus reales, que conservan largo tiempo la inocencia, que a duras penas comprenden lo vulgar y lo olvidan una y otra vez.» También ella volverá a olvidarlo, pero ahora Rahel ve su infelicidad en el nivel banal de la hermana. Rose se ha casado, ella no: «Ya lo ves, tú tienes suerte. (Si tuvieras todo lo que a mí me falta, ¡ya verías qué enorme es!)» La renuncia a la generosidad —aunque sólo se trate de un gesto— es un signo doloroso pero seguro de que empieza a vivir de nuevo. En medio de la desesperación, ha aprendido a amar la vida: «Mientras no amamos la vida, todo puede seguir igual.»

La amargura no es más que la desagradable consecuencia de la melancolía, ese humor sombrío «que no admite ningún ingrediente», que «no es una de esas tristezas que pasan y, como un rayo de sol entre las nubes, ensombrece o ilumina un paisaje tiñéndolo de una dulce melancolía».

Cuando el melancólico sale de su tristeza, en la que el mundo y la vida y él mismo, su vida y su muerte, aun sin unos contornos nítidos, estaban para él tan presentes; cuando sale y olvida que su tristeza fue la última y definitiva, la que puede aparecer en la vida de improviso, por cualquier motivo; cuando sale y sólo oye que «todo ha terminado»; cuando empieza a compararse con los demás, comienza a amar otra vez la vida, es cierto, pero de alguna manera maldice su tristeza y hace de ella, una vez que ha pasado, una desdicha ordinaria. Con cualquier pretexto olvida esa trabazón de los

hechos que la melancolía le había mostrado, la universalidad de ese estado de ánimo que no necesita pretexto alguno porque puede aparecer cuando menos se lo espera, porque hunde sus raíces en el hecho de que no fuimos nosotros los que nos dimos la vida, ni la elegimos en libertad.

Es fácil amar la vida en el extranjero. Nunca se es tan dueño de uno mismo como cuando se es un total desconocido y cuando la vida está exclusivamente en nuestras manos. En ese otro país impenetrable y opaco desaparece todo lo personal, lo que sólo nos afecta a nosotros. Es fácil superar la infelicidad cuando, al no conocerla nadie, no puede adquirir la dimensión de la vergüenza, cuando no se refleja en incontables espejos y no revierte una y mil veces, concentrada, sobre nosotros. Es fácil, mientras se es joven, entregarse a la pura energía vital que nos aconseja borrar, olvidar. Es fácil olvidarse de uno mismo cuando la raíz de toda infelicidad, el «nacimiento infame», no es conocido, ni advertido, y además no tiene importancia.

«Es agradable ser extranjero», perderse, no ser nadie, no tener nombre ni nada que nos haga recordar; y experimentar, probar, cosas que aún pueden traernos la alegría; no dejarse atacar, ser, sin más, perderse en todas las cosas bellas del mundo. Uno puede enamorarse de muchas cosas, de un bello jarrón, por ejemplo, del buen tiempo, de personas hermosas. Todo lo bello tiene poder, todas las cosas del mundo tienen un rostro, y pueden ser bellas. «El buen tiempo, un buen clima, es lo más hermoso que hay en la tierra. Es un verdadero dios.» Hasta la felicidad puede surgir de un bello día de verano, una felicidad totalmente inesperada para aquel que siempre la ha esperado sólo de la gente. De «la gente no puede esperarse la felicidad», pero es legítimo esperar, enamorarse sin pretensiones, sin miedo a correr ningún peligro: «Es un

romano de veintidós años, brigadier, una herida en el cuello y en la pierna, hermoso como un dios», le escribe Rahel a Brinckmann desde París en febrero de 1801. Ser de la «raza de los dioses» es suficiente, como lo es sentirse, a su lado, nada excepcional, sino sencillamente «fea». Pues, gracias a Dios, él no tiene «un espíritu y una sensibilidad excepcionales» ni mucho menos; además, ya tiene un «compromiso». Rahel puede, sin miedo, «deleitarse con su belleza», aunque, en cierto sentido, eso también sea «*fâcheux*».

De lejos, relajada, es más fácil mantener vivos los vínculos naturales. Los hermanos y sus niños se vuelven objeto de alegría y de preocupación. En los niños, en su inocencia, reencontraba antes que en cualquier otra cosa su propia alegría de vivir, una legitimación de su vitalidad, que ha adquirido no sin esfuerzo y que ha de defender sin pausa. Rahel se apega a los niños como más tarde a cualquier jirón de la naturaleza, a todo lo que se mantiene intacto, virgen de mundo, de sociedad, de historia personal. A todo lo que no puede entrar en su vida en forma de historia. «El trato con los niños tiene también la ventaja de no tener en sí casi nada de humano; nos alegra como un trozo de jardín —y más— y nos sosiega.» La distancia, la belleza, el tiempo, la música y los niños hacen la vida digna de ser vivida, y amada.

Es en el extranjero, lejos de los deseos, de las esperanzas, la infelicidad y la resignación, donde Rahel aprende poco a poco, y feliz, la alegría «de negarse una existencia personal», a abrirse y disfrutar de lo nuevo sin referirlo constante y obstinadamente a sí misma; es allí donde conoce la libertad de amar a alguien tal como es, sin pedirle ni exigirle nada. Este amigo, que le ha recomendado David Veit, es un comerciante de Hamburgo llamado Wil-

helm Bokelmann, ocho años más joven que ella, que ha venido a pasar dos meses en París.

«Hasta ahora... quería sólo con *mis* fuerzas; pero a usted lo quiero con las *suyas*.» Hasta entonces, sus crispados esfuerzos por comprender a los demás siempre habían estado guiados por la manía de medirse con ellos, de verse reflejada en ellos. Ahora se trata de auténtico aprecio: «¡Cuánto amor se merece usted!» En la amistad con un hombre mucho más joven, Rahel desaparece igual que en la ciudad extranjera, renuncia a sus propias fuerzas como ha renunciado a la atormentada preocupación por sí misma. En esa actitud se mezcla ya algo de comprensión, comienza a ver que el mundo que no conoce —como los mundos que lleva en ella desde su nacimiento—, aun cuando no tenga ningún derecho que hacer valer sobre él, está ahí para ser conquistado, comprendido, siempre y cuando no insista neciamente en examinarlo todo desde su perspectiva, en preguntarse si la garantiza o la rechaza, siempre y cuando comprenda que entre los seres humanos existen diferencias, que no todos los encuentros son igualmente casuales. Porque Bokelmann exige «tanto amor como el que antes daba sólo con gran esfuerzo, y con la manera más noble y hermosa de mentir». Sin embargo, todavía es demasiado pronto. Así amará más tarde a Alexander von der Marwitz; este amor parisino no tendrá mayores consecuencias, llega de una forma demasiado inesperada —«es un objetivo que me había propuesto no alcanzar nunca»—, quedará sólo como un regalo, más allá de la vida, cuyo curso se vio interrumpido por un bello paréntesis. Porque esta felicidad no tiene nada que ver con *su* infelicidad, puede Rahel no exigir nada, ni de ella ni del otro, ni esperar que esa felicidad tenga alguna consecuencia. «No pido nada de usted... y tampoco pido ya nada de mí. Ni siquiera me exijo amarlo, ni

amarlo siempre, fidelidad, ¡nada!» Rahel acoge esta amistad como acepta el tiempo que hace, con el mismo agradecimiento y el mismo intenso placer; llegará incluso a quererlo «como se quiere a un niño, una felicidad... que comparten todos... los que lo conocen. Y ahora yo lo he encontrado, ¡a ver quién se atreve a quitármelo!» Pero, por más que se confíe a Bokelmann, no permite que altere su nueva vida. No tardarán en separarse. Bokelmann pronto se marcha de París. «Así pues, acogerá usted en su interior todo un mundo, sin mí, y yo otro, sin usted.» Rahel lo suelta, deja que se vaya como quien deja que se marche una felicidad a la que no tiene derecho; lo había disfrutado gratis, «el botín más hermoso de toda mi vida», y se sintió «adulada» al ver que también a ella le tocaba algo en suerte, sin tantas complicaciones. No puede retenerlo más que el tiempo que es posible conservar un bello día de verano; no tiene más derecho a él que el que se tiene a todo lo que se recibe sin querer, a todo aquello para lo que ni el deseo ni la necesidad nos han preparado, es decir, todo lo que hace soportable la vida, pero sin cambiarla.

Bokelmann, un hombre al que ella juzgó digno de ser querido, la ayudó a ver que también el mundo es digno de amor, la enseñó a disfrutar, le enseñó que también en la pasividad total podemos aproximarnos al mundo si nos dejamos absorber por la realidad de las cosas. Ahora que él se ha ido, Rahel vuelve a replegarse en sí misma, el mundo ya no se deja disfrutar, «muerto y mudo, malvado y terrible es el mundo entero, todo este mundo iluminado por el sol». Y es otra vez el dolor, no el placer, «lo único en la vida que permanece».

No puede retenerlo, no tiene ningún derecho a él, pero puede, en la distancia, desde la absoluta falta de exigencias, suplicarle que permanezca tal cual es. No es él lo que quiere, sino saber que exis-

te; le basta «con haber poseído, aunque sólo fuera un instante, un amigo tan tranquilo». Ahora bien: él no debe renegar de ese instante, debe seguir siendo su amigo, no integrarse en una sociedad extraña que no quiere saber nada de ella; tiene que seguir, lejos de ella, junto a ella. «No quiero verlo más... pero, por favor, no cambie, compréndame siempre para que pueda contárselo todo»; «tenga siempre el valor de herirse usted mismo con preguntas y dudas..., de destruir el más encantador y cómodo edificio, el que aguantaría toda una vida». No se deje usted «domar por ninguna buena moral protectora... ni seducir hasta la admiración». Bokelmann no debe acostumbrarse a nada, ni al mundo, ni a sus amigos, ni a las cosas «que conoce desde hace tiempo, o que son viejas»; y tampoco a sí mismo, a su «manera de expresarse» —sólo así seguirá siendo su amigo.

Eso es lo más importante. Pues su falta de especificidad, su independencia natural, en él le parecen libertad, lealtad insobornable, total falta de prejuicios. De todo eso recibe, para ella, una legitimación: su libertad no es otra cosa que la expresión positiva de su natural falta de ataduras; en cambio, en él la libertad es un mérito propio, y por lo tanto peligra más que la suya; pero sólo una libertad así puede garantizarle a Rahel que ella no es una «rareza».

«No cambie», le suplica. «No tenga usted prejuicios, consérvase libre en todos los sentidos de la palabra.» No se trata de nada determinado, pues toda determinación es una traba que perturba «el juego vivo de la vida», y la vida no la hemos de «aceptar suspirando, como un deber, casi inconscientemente», porque nos encadenaríamos a un mecanismo que después no hace más que seguir girando solo. Bokelmann, si permanece al margen, si no se deja sobornar por el mundo, puede seguir

siendo su amigo tal cual lo ha conocido. Ella, que había nacido al margen, puede plantarle cara al mundo junto con los que, por amor a la libertad, deciden quedarse fuera, y ponerse con ellos, codo a codo, a buscar motivos para rechazar un mundo malo y aspirar a uno mejor. Lo difícil es creer que es posible fiarse de esos amigos cuando uno mismo no tuvo otra opción y no sabe qué puede sentir alguien que sí puede elegir.

«Si cambia, tendré que dejarlo.» Rahel no tiene intención de permitir que el mundo o una persona determinada pretendan *manipularla*: de su carácter, de su sensación de estar excluida. No va a serle fiel, no a él, el señor Bokelmann de Hamburgo, tampoco a su amigo, que una vez tanto hizo por ella. En cuanto él se mezcle con el mundo, en cuanto se deje reclutar por todo aquello de lo que ella está excluida y se excluye, lo dará por perdido para siempre. Y eso Rahel no piensa disimularlo con fidelidad de ninguna especie; tan poco le importa, en el fondo, el señor Bokelmann de Hamburgo. «Ni un solo mortal más me retendrá indignamente.» Así de independiente de él es Rahel.

Pero necesita ganarse nuevos amigos. Pretender, por orgullo, que se es capaz de mantenerse al margen de todo es, en el fondo, una bravata. Bokelmann despertó su orgullo; ahora ella lo necesita para sostenerse. «Por desgracia vuelvo a sentir que dependo de usted, que todo mi coraje y mi empecinamiento con todo lo perdido vienen de usted.» Ni un solo momento quiere Rahel tenerlo para ella —«usted puede amar a quien quiera»—, pero necesita su amistad como garantía de que no es la única que va así por el mundo, echando bravatas. Tan dependiente es.

Independiente y dependiente, así se volvió en París. «Hay una desesperación en la que no se pide nada, y también un estado de ánimo amoroso —así lo

llamaría yo— en el que tampoco. Yo conozco las dos cosas.» La desesperación ha pasado, y el estado de ánimo amoroso también; la vida le ha quitado lo que deseaba, y hace tiempo que la ha hundido en la desesperación que provoca la falta de deseo; la vida continúa, y ella ya no puede desear lo que una vez quiso. La desesperación ha pasado; lo que queda, no es sólo el dolor, la pena; queda también la renuncia a tener, la lección de que la vida «no está pensada para que las cosas permanezcan». Y esto se lo «demuestra no sólo la muerte, sino, más que nada, todo lo imperfecto, y nuestras dolorosas y constantes vacilaciones». Naturalmente, uno quiere poseer, conservar y, además, tanto lo malo como lo bueno; pero, «cuando nada cambia, lo que cambia es nuestro estado de ánimo». Podemos «echarle la culpa» a la vida por no estar hecha para durar, por no permitir que nos demoremos en ella, por obligarnos a esperar y a renunciar, a desear y a darnos por vencidos, pero, mientras vivamos, la vida tiene razón. «Desea, pues, y date por conforme; la vida es esto y nada más.»

La renuncia a todo lo que uno quisiera conservar —el pesar y la alegría, la esperanza de poseer y el mismo objeto poseído— es algo más que una mera renuncia a la felicidad, algo más que aquella resignación que hizo decir a Rahel ya al comienzo: «Me hace tan feliz no ser infeliz que hasta un ciego debería poder ver que no puedo ser feliz.» La resignación de la veinteañera era fruto de la falta de experiencia, ceguera ante lo que la vida puede dar es el producto de muchas horas de aislamiento y de introspección. Ahora, en su renuncia, se pone de manifiesto una última reconciliación con la vida que le ha sido dada así y no de otra manera; esta resignación es sólo la otra cara del darse por satisfecha. A fin de cuentas, no es tanto lo que le debe a la felicidad; el mundo, el «bello mundo», la ha ayudado «a derribar este edificio de... noble dolor e innoble empecinamiento».

«Sí, es bello», y se puede disfrutar de él. No sólo reparte golpes, pero tampoco es el refugio siempre disponible, que nunca cambia. Sólo en la renuncia alcanza Rahel la dicha de disfrutar; durante un tiempo, el placer reemplaza para ella la realidad que habría querido retener y que, sin embargo, ha tenido que ver cómo se le escapaba de las manos. De pronto, la felicidad que sólo da aquello que deseamos y nos es accesible, le parece vergonzosa. «La felicidad más digna de la tierra consiste en seguir viviendo pese a todo lo que nos han quitado.» Lo que la felicidad podría darnos son sólo objetos finitos, mortales, que disimulan el hecho de que la vida no está hecha para permanecer en ella. «Lo que sería divino, nadie puede poseerlo.» El placer no da lo que es divino, pero sí real, algo con lo que podemos vivir y morir. «Finito, y lo único real», está permitido a los que ya han experimentado la finitud de la vida, a los que saben lo que la vida no puede dar, a los que la vida no les ha dado precisamente lo que deseaban.

El placer le hace conocer a Rahel una realidad de la cual no necesita esperar que la alcance también a ella; sólo tiene que «abrir los ojos», abandonarse al «bello mundo», dejarse llevar. «La felicidad no arroja a nuestros pies pétalos de rosa, pero nos permite abrir los ojos; reconozcamos, pues, y cuanto antes, que eso ya es mucho, y bebamos a largos tragos todos sus encantos. Si *de verdad* es encantadora, no querremos poseerla, pero sí verla florecer. Después de todo, nuestras lágrimas, nuestras penas más amargas, las provocan las ansias de poseer; y nunca *podemos* poseer otra cosa que la capacidad de disfrutar.»

Rahel regresa de París a Berlín rogando que nadie esté esperándola, con la esperanza de que entretanto la hayan olvidado, de regresar, no a casa, sino a una nueva tierra extranjera donde continuar,

libre de preocupaciones, la felicidad de París. «No le hable de mí a nadie... *deje que crean...* que no pienso volver.» Ha olvidado lo que sabía en el momento de marcharse —que el «asunto» iba a continuar, que todo iba a repetirse: «Mi alma está tranquila, mi ánimo equilibrado, y mi espíritu ha recuperado la elasticidad necesaria.» Sin embargo, ya no ve cómo será el futuro; en el placer, ha accedido a una parcela de realidad, eso basta. Ha aprendido a renunciar. ¿Por qué tendría que pasarle aún algo más? «Que él venga y me lo diga otra vez.»